

POLIS. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica 21, 2009, pp. 7-36.

MESINA Y REGIO. VIDAS PARALELAS

Jaime Gómez de Caso Zuriaga
(Universidad de Alcalá)

Las antiguas ciudades de Regio y Mesina compartieron un destino terrible en la antigüedad. Durante la primera mitad del s. III a.C. sus ciudadanos fueron masacrados por las mismas guarniciones que les tenían que defender y que luego se repartieron sus mujeres y bienes. Estas guarniciones, no sólo tuvieron en común su traición, sino su origen, estaban formadas por soldados provenientes de regiones suritálicas, de Campania especialmente.

No terminan aquí los paralelismos. Una vez en manos de sus nuevos amos, ambas poblaciones pretendieron jugar un papel en el *difuso* sistema de relaciones internacionales¹ de la zona en un momento particularmente revuelto: antes, durante y después de la intervención de Pirro en Sicilia y la crisis que esto provoca en los “polos”² tradicionales de atracción en este *sistema difuso* de relaciones: Cartago, Siracusa y –últimamente– Roma. Unos y otros, campanos de Mesina y campanos de Regio, comenzarán a actuar por su cuenta y con independencia. Buscan hacerse un hueco de poder y para ello recurren a la extorsión y saqueo sistemáticos de sus vecinos. Su crimen y

¹ Aquel en que la jerarquía entre estados (polis, en este caso) está mal definida y resulta muy cambiante y volátil, en el que nadie consigue supremacías claras ni continuadas y que se reestructura constantemente a través de alianzas y confederaciones cambiantes y efímeras alrededor de diversos líderes regionales. Cf. El clásico K.J. Holsti, *International Relations. A Framework for Analysis*, Londres, vv.ee. desde 1972, ed. 1994, p. 93.

² Sobre la polarización de este tipo de sistema de relaciones y sobre los tipos de sistema de relaciones en general, K.J. Holsti, *op.cit.*: «Types of International Systems», p. 92ss.

actitud explican que nadie mirase a estos traidores campanos con simpatía, pero durante dos décadas, apoyándose los unos en los otros y siempre en las circunstancias, lograron un cierto éxito. Luego, conforme éstas cambiaron y la zona se fue rehaciendo de las consecuencias de la intervención de Pirro, conforme Siracusa se vaya recobrando y Roma avanzando sobre el sur y reimponiendo su autoridad, el campo de estos predadores oportunistas se irá estrechando. Con el final de Regio, probablemente en 270 a.C., como veremos, hará crisis. Su momento histórico habrá pasado

Pero, mientras tanto, durante casi dos décadas, Regio y Mesina llevarán vidas paralelas. Sólo la recuperación violenta de Regio por parte de Roma romperá ese paralelismo. Su final anunciará a los campanos del otro lado del estrecho que las circunstancias han cambiado. El intento de los de Mesina de evitar continuar ese paralelismo hasta el final y ser destruidos, como los de Regio, llevará a la zona a conflictos de muchas más amplias repercusiones. Está en el origen remoto de la primera guerra púnica.

1. LOS MAMERTINOS EN MESINA

1.1 Los mamertitos, de Siracusa a Mesina

Como es muy conocido, los mamertinos eran mercenarios itálicos de origen indudablemente campano³. Era frecuente que jóvenes de este origen hicieran de la guerra su forma de vida y se alistaran en cualquiera de los ejércitos que rivalizaban en el descrito sistema difuso de relaciones siciliano⁴. Su dios era el dios itálico de la guerra, Mamers, en dialecto osco. De él tomaron el nombre⁵. Se asume a veces, con precipitación, que siempre usaron ese nombre en Sicilia. No es así. Lo tomaron solamente cuando se hicieron con el control de Mesina. Lo hicieron sin duda para mostrar que sólo se declaran súbditos de la divinidad a la que se consagran y que no obedecerían a ningún poder terreno. No es esto infrecuente en la historia, que

³ D.S. XXI, 18. También Dion. Hal., *Ant.Rom.*XX, 4,8. En general, sobre ello, J.M. Roldán Hervás, *Historia de Roma*, vol. I: *La República romana*, Madrid, 1999, p. 114 y 173. W. Huss, *Geschichte der Karthager*, München, 1985, p. 217. J.F. Lazenby, *The First Punic War*, Londres, 1996, p. 35.

⁴ Dion. Hal. *loc.cit.* F.W. Walbank, *Commentary*, I. 7,2; p. 52. J.M. Roldán Hervás, *op.cit.*, p. 173.

⁵ Esp. v. W. Huss, *op.cit.*, p. 217. También J.M. Roldán Hervás, *loc.cit.*

mercenarios o aventureros se hagan con el control de un territorio y, para eludir toda dependencia y servidumbre políticas, se declaren súbditos de la divinidad, poco exigente en este sentido o en el económico.

El origen de la masiva presencia de grupos de soldados campanos en Sicilia suele colocarse en época de Agatocles y así lo aceptan parte de los autores. Se basan para ello en testimonios de Polibio⁶. Estaría en relación con el intento del tirano siciliano de acabar con los cartagineses en la isla. Como Polibio (I, 8,2) los incluye en su ejército, hay que suponerlos ya causando problemas en las sublevaciones y motines que siguieron al asesinato de Licisco en 309 a.C. Sin embargo, su presencia activa en Sicilia sería muy anterior y mercenarios campanos e itálicos en general habrían venido emigrando desde antiguo procedentes del sur de la península italiana para intervenir en el siempre inestable sistema de relaciones siciliano. Plutarco, y también Diodoro, nos dan cuenta de que alrededor de mediados del siglo anterior, un jefe de mercenarios, cuyo nombre es claramente campano u osco, próximo a la forma dialectal del Marte itálico que nos ocupa, Mamerco, se hace con el control de Catania, como tirano, en tiempos de Timoleón⁷. Es pues seguro que mercenarios suritálicos, particularmente campanos, habrían intervenido en otros conflictos durante la segunda mitad del siglo IV, o incluso con anterioridad a la época del aventurero corintio, campeón de Siracusa. Un indicio de ello lo tendríamos en la propia historia de Mamerco, quien –agobiado por la ofensiva de su antiguo aliado, Timoleón– busca ayuda en el sur de Italia, especialmente entre los lucanos⁸, vecinos y, en este caso, asimilables a los campanos. Hay una tradición de volver los ojos hacia esa región sur de Italia cuando hacen falta brazos en la defensa de Sicilia y, especialmente, en la de las tiranías. Locrios fueron ya tomados en defensa de la misma Mesina en el lejano s. V⁹.

Hubiese o no antecedentes del hecho que nos ocupa, el caso es que los mamertinos que alcanzarán protagonismo en Sicilia durante la década que separa la guerra de Pirro o de Tarento de la primera púnica tienen su origen en estas reclutas de Agatocles en su conflicto con Cartago, a comienzos del s. III a.C. En esto, la mencionada noticia de Polibio (I, 8,2) es esencialmente

⁶ Polyb. I, 8,2.

⁷ Plut. *Vit.Tim.* 13 y 30ss. D.S. XVI, 62ss. Sobre él, Münzer: «Mamerkos» (2), *RE*, XIV/1, col. 951. También, Stier: «Timoleon», *RE*, VI/A.1, col. 1280 y 1286-1287.

⁸ Plut. *Vit.Tim.*, 34; Stier, *RE*, col. 1286.

⁹ Thuk. IV,25.

válida. Militaron ya en el ejército que invadió África en 310 a.C. y que nos describe Diodoro, compuesto también por celtas y samnitas. Creemos que el historiador siciliano los agrupa con otros itálicos bajo el genérico nombre de “etruscos”¹⁰. A partir de este momento, debieron estar presentes en todas las campañas, sicilianas o no, del famoso e intratable tirano.

Si los mamertinos habían causado no pocos problemas en vida de Agatocles, a su muerte los causaron más graves. Está muy claro que son los futuros mamertinos los mercenarios citados por Diodoro en relación a la rebelión y conato de guerra civil que se produjo en Siracusa cuando, a la muerte de Agatocles, se intenta llevar la guerra contra Menón¹¹. Está muy claro porque, aunque en realidad no se les designe nunca como campanos o itálicos, sino solamente bajo el término genérico de “mercenarios”¹², son los mismos que marchan hacia el sur de Italia y, al llegar a Mesina, se apoderan traidoramente de ella.

En cuanto al origen de ese movimiento, la razón fue, muy probablemente, que los mercenarios campanos debían esperar resultar beneficiados a la muerte de su antiguo jefe, de Agatocles, y creyeron posible hacer valer su posición de fuerza. Quisieron obtener derecho de voto en la asamblea y esto produjo “una situación de enfrentamiento civil” (*stasis*) en la ciudad¹³. Tal vez esperaban, de este modo, hacerse con el control de la propia ciudad de Siracusa como más tarde hicieron con Mesina. Los siracusanos no estaban dispuestos a favorecerlo.

Ambos bandos, ciudadanos y mercenarios, se armaron dispuestos a la lucha¹⁴. La situación de *stasis* amenazó con convertirse en guerra civil abierta. No llegó a ello porque, según nos cuenta Diodoro, los ancianos (*presbytai*) de Siracusa mediaron y lograron una solución: los mercenarios debían abandonar a ciudad. Éstos accedieron, sin duda porque juzgaron difícil o imposible hacerse con su control de forma violenta. Lograron una tregua para liquidar sus propiedades en Siracusa y en la isla (sin duda los productos de sus ganancias bajo el insaciable Agatocles), luego se marcharon

¹⁰ D.S. XX, 11,1. Sobre ello, W. Huss, *Geschichte der Karthager*, p. 187. Huss sigue las clásicas hipótesis de Müller al respecto, M. Müller, *Der Feldzug des Agatocles in Afrika*, Leipzig, 1928, 19ss.

¹¹ D.S. XXI, 18.

¹² *Misthóforoi*, a veces, también *xénoi*. Cf. D.S., *loc.cit.*

¹³ Cf. D.S. XXI, 18,1.

¹⁴ D.S. XXI, 18,2.

hacia Italia. Cuando llegaron al Estrecho para cruzarlo fueron recibidos “como amigos y aliados” por los habitantes de Mesina¹⁵.

Evidentemente, hay un espacio dilatado de tiempo entre el acuerdo de salida de los mamertinos de la ciudad logrado por los *presbytai* y la marcha hacia Mesina. Es el espacio de tiempo en que –nos informa Diodoro– liquidan sus propiedades y hacen sus preparativos. Ignoramos hasta qué punto la acción de Mesina fue planeada con antelación, pero da la sensación de que tuvo que haber algún tipo de aproximación, de gestión, entre mamertinos y mesenios en relación a su acogida en la ciudad. Cabe, incluso, la hipótesis de que fueran los propios *presbytai* de Siracusa los que gestionasen un nuevo empleo a los antiguos mercenarios de Agatocles: marchar a Mesina y tratar de contratarse como defensores de la ciudad.

Mommsen¹⁶ se percató de que, en el s. III a.C., muchas de las antiguas colonias griegas de Sicilia y Magna Grecia habían quedado rebasadas por los acontecimientos y, a esas alturas, eran incapaces, no sólo de sobrevivir aisladamente o por sí mismas, sino siquiera de defenderse. Solamente Tarento, Siracusa, Agrigento (*Ákragas*) y alguna otra parecían capaces de semejante cosa y no siempre. Las demás estaban condenadas a sobrevivir patroneando y chaqueteando en el turbio panorama del *difuso* sistema de relaciones de la isla, y –en casos extremos– a recurrir a un protector, Cartago, Siracusa o, más tarde, Pirro o Roma. Es decir, derivando el sistema desde la “difusión” a la “polarización” y –de ésta– a la de *estados vasallos*¹⁷. En los casos más extremos, esa protección deben alquilarla.

Mesina (*Messéne*) es uno de estos casos. A la muerte de Agatocles ya cuenta con una dilatada historia en este sentido. Nadie recuerda ya sus pretendidas raíces mesenias. La población ha sido destruida, despoblada, reconstruida y repoblada varias veces¹⁸. Su posición estratégica resulta demasiado importante. Un magnífico, seguro y casi inexpugnable puerto en el estrecho de su nombre.

¹⁵ Seguimos siempre el relato de Diodoro: D.S. XXI, 18,3.

¹⁶ Cf. Th. Mommsen, *Historia de Roma*, vol I, Madrid, 1987 (1957), pp. 663-664.

¹⁷ J. Gómez de Caso Zuriaga, «Antecedentes de a primera guerra púnica...», *Polis* 8 (1996), p. 125. En cuanto a la definición de estos sistemas de relaciones internacionales, remitimos al ya señalado, K.J. Holsti, *op.cit.*: «Types of International Systems», p. 92ss.

¹⁸ Su agitada historia en Philipp: «Messene» (2), *RE*, XV/1, cols. 1214-1231. Un resumen de sus destrucciones y repoblaciones en cols. 1220-1221.

De todas formas, que ahora recurran los ciudadanos de la antigua Zancle a mercenarios poco escrupulosos para que los defiendan no es algo que repugne a su pasado histórico. La ciudad había sido fundada a principios de la época arcaica griega, a mediados del s. VIII a.C. por piratas cumanos¹⁹. Como resulta evidente, su posición y puerto resulta un enclave estratégico de primer orden para controlar el estrecho de su nombre, sobre todo en relación con Regio de Calabria, al otro lado. Quien dominase ambas posiciones controlaba totalmente el paso. Éste podía ser vigilado desde otras posiciones, si se poseía la flota adecuada, desde el Cabo Pelorias, particularmente; pero era muy difícil impedir el paso entre la península y la isla si no se contaba con el dominio de esas posiciones clave de Regio y Mesina, como muestra el resultado de los cartagineses frente a los romanos en 264 a.C., a comienzos de la primera guerra púnica. Intentaron impedir el cruce del Estrecho con una flota fondeada en dicho cabo y fracasaron²⁰.

Por eso la historia de Mesina va ligada a la de Regio, aspecto éste que resulta relevante en la datación del inicio del enfrentamiento entre siracusanos y mamertinos. Cualquier potencia o grupo que controle uno de los dos enclaves aspirará a mejorar su posición controlando el otro. Ambos se avistan a través del estrecho. Durante cinco lustros, en la época que nos ocupa, ese paso estuvo en manos de estos desertores itálicos, principalmente campanos.

Pero para mantener el control de los estrechos no hace falta sólo una base naval estratégica, hace falta una flota suficiente. Los inicios de la primera guerra púnica lo prueban²¹. Los piratas cumanos que fundaron Zancle no la tenían. Como otros, se hicieron con el control de enclaves en Sicilia en el periodo arcaico, pero unos y otros comenzaron a ser desplazados desde lugares limítrofes a finales del s. VI a.C. y comienzos del V. La historia de Pentathlo (y en cierto modo la de Dorieo) es una muestra de ello²². Finalmente un tirano de origen mesenio fue lo suficientemente poderoso como para vencer a los descendientes de los piratas cumanos, los arrojó de

¹⁹ B. Caven, *The Punic Wars*, Londres, 1980, p. 8. La fuente, Thuk. VI,5. Hay otras hipótesis más o menos próximas sobre su origen, en gral. Philipp: *op.cit.*, col. 1215.

²⁰ J. Gómez de Caso Zuriaga, «264-263 a.C.: La campaña de Ap. Claudio en Sicilia», *Polis* 15 (2003), pp. 77-103

²¹ Cf. J. Gómez de Caso Zuriaga, «La campaña de Ap. Claudio...», p. 82ss.

²² J. Gómez de Caso Zuriaga, «Forms of Interaction in the Ancient Colonial World: Motya, Pentathlos and Dorieus», *XI Congress of FIEC*, Kavala 1999, vol. I, Atenas, 2001, pp. 304-311.

Zancle, la refundó, la repobló con dorios mesenios y le cambió el nombre: Messéne, que conserva hasta hoy: Mesina²³. Ya vimos que los campanos intentaron hacer lo mismo y llamarla *Mamertina* (*Mamertinion*), pero no lograron que cuajara²⁴.

Tal vez, en la época que nos ocupa, cuando los mamertinos se van a hacer con su control, en la primera mitad del s. III a.C., sus habitantes se considerasen Mesenios, pero no lo eran más que cumanos. Como decimos, la ciudad había sido destruida y repoblada varias veces²⁵.

A la muerte de Agatocles, estaban dentro de la esfera de influencia de Siracusa y aceptaron la protección de estos mercenarios campanos que habían quedado desocupados con la desaparición de su jefe. No fue una buena idea. Al poco tiempo fueron traicionados por ellos. Según todas las fuentes, mataron a los varones, se repartieron sus bienes y se quedaron con sus hijas y mujeres. Según Polibio, el procedimiento que siguieron en ambos casos fue diferente. Respecto a las mujeres, los mamertinos se quedaron con las de sus anfitriones; respecto a los bienes, los pusieron en común y los repartieron²⁶. Fue entonces cuando tomaron el nombre de mamertinos, adoradores de Mamers, el dios itálico de la guerra²⁷ y, según Diodoro, también fue este el momento en el que cambiaron, una vez más, el de la ciudad, la antigua Zancle, entonces Messéne, pasó a denominarse *Mamertina*²⁸.

Semejante acto criminal fue percibido ya en la antigüedad como enormemente impío y espantoso²⁹. Sin embargo, a pesar de lo que nos cuentan las fuentes en este momento, no es cierto que todos los mesenios varones fuesen exterminados. Años después, Hierón de Siracusa formó una unidad con superviviente de esta matanza. No eran muy numerosos, unos doscientos, pero esa unidad fue decisiva en su planteamiento táctico en la batalla de Longano³⁰.

²³ Sobre esas vicisitudes de Mesina hasta las guerras del Peloponeso, véase Thuk. VI, 4.

²⁴ Aunque, según Philipp, compitió con Messéne hasta finales de siglo; *Vid.* Philipp: «Messene» (2), *R.E.*, vol. XV/1, col. 1214.

²⁵ *Vid.* B. Caven, *The Punic Wars*, pp. 8-12. En general, Philipp, *loc.cit.*

²⁶ *Cf.* Polyb. I, 7,4.

²⁷ Polyb. I, 8,1.

²⁸ Diodoro explica el origen del nombre a través de ese dios itálico de la guerra, como sabemos. D.S. XXI, 18,2.

²⁹ *Cf.* Polyb. I, 7,5; D.S. XXI, 18,3; Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX,4,7 y XX, 5,5.

³⁰ D.S. XXII, 13,4. Polibio también nos dice que algunos habitantes de Mesina fueron expulsados por los mamertinos: *cf.* Polyb. I, 7,3.

En el relato de Diodoro³¹ da la sensación de que el paso de los exmercenarios por Mesina es casual y que allí son acogidos “como amigos y aliados”, sin intenciones previas, que no hubo demasiada planificación en la toma de la ciudad, que fue algo decidido sobre la marcha, a la vista de las posibilidades que se les ofrecían. Pero el de Polibio da la sensación contraria, de que todo estaba premeditado y planeado desde hacía tiempo, que ya conocían los futuros mamertinos las riquezas de Mesina y su situación militar de indefensión y que habían decidido premeditadamente, hacía algún tiempo, hacerse con la ciudad³². Por lo demás, ambos relatos, el de Polibio y el de Diodoro, son muy semejantes. Si los siracusanos tuvieron alguna participación, de buena o mala fe, para deshacerse egoístamente de un peligro cierto y tuvieron algo que ver en que los mamertinos se dirigieran a Mesina, eso es algo que no podemos determinar.

Una última observación sobre la traidora forma en la que los mamertinos se hacen con el control de Mesina y su propia actitud anterior en Siracusa, ya comentada. Es curioso, pero en este sentido, todo el asunto recuerda el de los mercenarios cartagineses al final de la primera guerra púnica. También estos últimos, terminado su trabajo, chocan con sus antiguos patronos cartagineses³³, y también éstos intentan reconducirlos hacia otras coordenadas geográficas, en ese caso en Sicca³⁴, ciudad –por cierto– de origen siciliota³⁵.

No se han puesto de relieve las similitudes entre un caso y otro, pero creo que son interesantes y, unido al de Regio y, más tarde, Cerdeña, clara muestra de un mal endémico en el uso de mercenarios por parte del mundo helenístico y púnico en el Mediterráneo central y s. III a.C. y, por extensión,

³¹ D.S. XXI, 18 en general, como sabemos.

³² Cf. Polyb. I, 7,2.

³³ Vid. Polyb. I, 53. Sobre ello, J. Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar Barca y la política cartaginesa*, Alcalá, 1996, p. 189ss.

³⁴ Polyb. I. 66,6.

³⁵ En realidad parece ser de procedencia élima, probablemente fundada por élimos acogidos por sus aliados cartagineses ante la presión colonial griega. Sobre ello, vid. J. Gómez de Caso Zuriaga, «Las expediciones coloniales griegas del s. VI en Sicilia: su impacto sobre púnicos e indígenas», *Actas X Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. III, Madrid, 2001, p. 119. Dessau los supone sículos: Dessau: «Sicca Veneria», *R.E.*, vol. II. A/2, cols. 2187-2188; pero contradicen su zona de procedencia y cultos la hipótesis de un origen sículo. Zona de procedencia y cultos apuntan a una población élima; el topónimo en la de Dessau

en el uso de mercenarios en general. Éstos de Mesina y Cartago, siendo los más graves, son los más famosos; pero existen más que nos ayudarían a conocer las líneas maestras del problema y a establecer líneas de actuación y conclusiones al respecto. Roma no tendrá este problema durante las décadas de su expansión, durante las guerras púnicas y macedónicas y esto les dará una clara ventaja sobre sus rivales, pero sí lo conoció, y sólo hasta cierto punto, como veremos, en el caso de los aliados de Regio, en la época que nos ocupa, en la primera mitad del s. III a.C., durante la guerra de Pirro o de Tarento.

1.2 Pirro y los mamertinos

La oportunidad estratégica de la marcha de Pirro a Sicilia, atendiendo a la llamada de los griegos de la isla, ha sido desde antiguo objeto de polémica. Abría con ello un segundo frente militar sin tener cerrado el primero, contra Roma, en el sur de Italia. Abandonaba a sus aliados itálicos y griegos de la península y se embarcaba en una aventura que pensaba que le llevaría a la hegemonía y dominio de toda la isla. Aventura que, en último término, apuntaba hacia Cartago. Si se le llamaba a Sicilia era para que eliminara el poder cartaginés en la misma. Agatocles y su expedición africana estaban, al parecer, en la mente y planes del *Águila* de Epiro. El nombre del antiguo tirano de Siracusa aparece constantemente en las fuentes que nos hablan de las ambiciones del *hegemón*: era su espejo y antecedente³⁶, además de su suegro³⁷. Abrir frentes nuevos sin haber cerrado el romano y confiar, además, con ser capaz de timonear el avispero siciliano era pura temeridad. El *Águila* no estaba a la altura de la empresa, ni mucho menos.

Los mamertinos de Mesina también eran un objetivo de Pirro en Sicilia. Como hemos visto se habían convertido en un tercer polo en el sistema *difuso* de relaciones internacionales de la isla, en competencia con púnicos y griegos. El saqueo y las *parias* que obligaban a pagar (a griegos en especial) eran su modo de vida. Se trataba de gentes aguerridas y acostumbradas a la

³⁶ Su nombre aparece *passim* en Plut. *Vit.Pyrrh.*, particularmente en la famosa conversación entre Cineas y Pirro, *Vit.Pyrrh.*, 23; También en App. *Samn.*, 10,1. Sobre ello, *vid.* J. Gómez de Caso Zuriaga, «Antecedentes de la primera guerra púnica...», *Polis* 8 (1996), p.112.

³⁷ Según Apiano, Pirro estaba casado con Lanasa, hija de Agatocles. *Cf.* App. *Samn.*, 11,1.

guerra³⁸, adoradores de Mamers, pero no eran muchos. Las fuentes llegan a hablar de diez mil en algún momento en que parecen unidos a los compatriotas de Regio³⁹, pero la cifra debe ser exagerada. Pirro debió pensar que no eran rivales para él, sobre todo después de acorralar a los cartagineses en Lilibeo. Sería fácil eliminarlos de la escena y ganaría talla a los ojos de los sufridos griegos, incapaces de deshacerse de ellos, y daría -además- un buen ejemplo de cómo pensaba llevar la policía de la isla durante su hegemonía.

Pirro llegó a Sicilia en 278, como es aceptado unánimemente. Llegaba llamado por Siracusa y, en un primer momento, se dedicó a negociaciones para extender su liderazgo entre los griegos de la isla; acciones que conocemos con algún detalle por el relato de Diodoro⁴⁰. En un primer momento movió su ejército por diferentes regiones de la isla contra los griegos que inicialmente no se le habían unido. No hubo combates de importancia. Algún tirano que otro se resistió a perder protagonismo y ver cómo un extranjero intruso se imponía en sus dominios; Sosítrato de Agrigento fue uno de los más destacados en este sentido. Pero pronto comprendieron que era mejor aceptar el liderazgo de Pirro que combatirlo⁴¹. Luego, inmediatamente, marchó contra los cartagineses en Drépano⁴², cuya fortaleza de Érice tomó al asalto⁴³. A continuación atacó Palermo (*Panormo*) y también lo conquistó. Solamente un año después, en 277 a.C., el dominio cartaginés acabó limitado a Lilibeo, su plaza más emblemática e irreductible. Una situación que tendrá paralelos con la que se produjo a finales de la primera guerra púnica. Sin embargo, según Plutarco, su mismo éxito le volvió intratable e insaciable y los aliados griegos le fueron abandonando, lo que propició su fracaso⁴⁴.

Es en este contexto que resumimos someramente en el que Pirro ataca a los mamertinos de Mesina. Paralelamente a su campaña contra los cartagineses, capturó a los que recaudaban las *parias* de defensa comentadas y los ajustició⁴⁵. Sin duda quería demostrar con ello a los griegos que él era

³⁸ Las mismas fuentes lo reconocen, *v.gr.* Plut. *Vit.Pyrrh.*, 24.

³⁹ Plut. *Vit.Pyrrh.*, 23.

⁴⁰ D.S. XXII, 7.

⁴¹ D.S. XXII, 10.

⁴² «Heraklea» en el relato de Diodoro, *cf.* D.S. XXII, 10,2-3.

⁴³ D.S. *loc.cit.*; Plutarco se hace también eco de ello. Su versión es muy próxima a la de Diodoro. O surge de las mismas fuentes o la resume, *cf.*, Plut. *Vit.Pyrrh.*, 22.

⁴⁴ *Cf.* Plut. *Vit.Pyrrh.*, 23.

⁴⁵ Plut. *Vit.Pyrrh.*, 23,1.

el único “defensor” de las ciudades de Sicilia. Nadie excepto él podía recaudar en ellas.

Los mamertinos no se conformaron. Plutarco nos cuenta (*loc. cit.*) que intentaron presentar batalla. No tenemos detalles de ella, pero sabemos que fueron derrotados y que Pirro destruyó muchos de sus fuertes. Este dato es de interés. Nos explica la forma en que los mamertinos controlaban los territorios sometidos, a través de fortalezas estratégicamente situadas. El dato es confirmado por Diodoro al narrar el desarrollo de las campañas de Hierón contra ellos, después de la marcha de Pirro y la caída de Regio en manos romanas, particularmente en los casos de Centuripa y Améselon, que conocemos con algún detalle⁴⁶. Son este tipo de fuertes a los que se refiere ahora Plutarco.

Los cartagineses, abrumados y arrinconados en Lilibeo, intentaron negociar una paz con Pirro, pero el ambicioso y ensoberbecido caudillo se negó en rotundo. No aceptaba otra cosa que el abandono de Sicilia y, según Plutarco, pensaba llevar la guerra a África⁴⁷. No sabemos si sucedió lo mismo con los mamertinos y éstos intentaron llegar a algún acuerdo con el *Águila* de Epiro. Es probable. Pero si lo hicieron obtuvieron el mismo resultado que los cartagineses; es decir, ninguno, ya que ambos pueblos se aproximaron y trabaron alianzas, algo que indica que no habían llegado a ese acuerdo con quien parecía estar a punto de convertirse en el nuevo amo de Sicilia. También lo hicieron estos mamertinos con los de Regio, como veremos. Llama la atención que Pirro no intentase la conquista de Mesina misma, objetivo que parece más fácil que Érice en Drépano o Hercte en Palermo, ambos tomados (y al asalto) por el epirota, como acabamos de ver. Tal vez la razón de que no lo intentase fuese, no sólo su concentración de medios contra los cartagineses en ese momento, sino el hecho de que Mesina no era presa fácil sin un control absoluto del mar, y él no lo tenía, sino Cartago. Pensemos que en 264 lo intentarían coordinadamente siracusanos y cartagineses sin éxito⁴⁸.

La alianza o, al menos, colaboración entre mamertinos y cartagineses deja ecos en las fuentes⁴⁹, pero queda clara, en cualquier caso, si atendemos a otro incidente que nos es conocido en relación a Pirro y los mamertinos de

⁴⁶ D.S. XXII, 13.

⁴⁷ Plut. *Vit.Pyrrh.* 23,2

⁴⁸ Vid. J. Gómez de Caso Zuriaga, «264-263 a.C: La campaña de Ap. Claudio en Sicilia», *Polis* 15 (2003), pp.77-103.

⁴⁹ Especialmente, Plut. *Vit.Pyrrh.*, 24.

Mesina. Cuando la desmedida ambición y torpeza del *Águila* le llevaron a abandonar Sicilia en apoyo de los tarentinos y aliados itálicos, abandonados a su suerte frete a Roma apenas tres años antes (estamos en 275 a.C.), los mamertinos, en clara connivencia con los cartagineses, le estorbaron el paso en colaboración con la flota púnica. Pirro debió intentar cruzar el estrecho por la parte de Mesina, la más próxima a Calabria. Los mamertinos le salieron al encuentro⁵⁰. La acción la conocemos con algún detalle por Plutarco⁵¹. Según su relato, mamertinos y cartagineses actuaron coordinadamente. Los primeros cruzaron el estrecho de Mesina con antelación, tal vez llevados por barcos de Cartago, acción que es perfectamente verosímil, pues no sólo contaban con la amistad y complicidad de éstos, sino con la de los campanos del otro lado, de Regio. Allí, en la orilla italiana, debieron unir sus fuerzas con las de éstos. Plutarco nos dice que llegaron a reunir un ejército de unos diez mil, pero –como ya manifestamos– la cifra nos parece exagerada. No tenían intención de presentar batalla campal⁵², pero buscaron posiciones favorables, se apostaron en ellas e intentaron cortar el paso al epirota. Tuvieron un cierto éxito y, aunque Pirro logró pasar, le costó mucho esfuerzo, su ejército tuvo muchas bajas y él mismo resultó herido.

1.3 Los mamertinos de Mesina en el sistema *disperso* de relaciones internacionales de Sicilia a la marcha de Pirro (275-270 a.C.)

La salida de Pirro de Sicilia plantea algunos problemas historiográficos. No es aquí, en estas páginas, el momento de tratarlos. Según las fuentes antiguas, las causas de su marcha fueron su propia torpeza y soberbia, la *hybris* desmedida que acabará perdiendo su causa. Pero la propia estructura política y de relaciones internacionales de los griegos pudo tener mucho que ver en ello⁵³. Dejaba (como es muy conocido) “un excelente campo de batalla a romanos y cartagineses”. Frase premonitoria que ha dado un gran juego historiográfico, pero apócrifa sin duda, aunque sólo fuera porque en este momento, cuando se pretende que la pronuncia el famoso *hegemón* al abandonar Sicilia, marchaba a

⁵⁰ Seguimos siempre a Plut. *Vit.Pyrrh.*, 24.

⁵¹ Plut. *Vit.Pyrrh.*, 24.

⁵² Se infiere de Plut. *Vit.Pyrrh.*, 24,2.

⁵³ P. Garoufalas, *Pyrrus, King of Epirus*, Londres, 1979, p. 112.

enfrentarse con Roma y, naturalmente, confiaba en salir vencedor: todavía no había sido derrotado nunca por los romanos. No podía darse por vencido de esta manera y quitarse a sí mismo de la escena histórica.

Así pues, en los años inmediatamente posteriores a la marcha de Pirro, el vacío de poder en el sistema *difuso* de relaciones de la isla favorece a los mamertinos. Polibio nos dice que actuaron por su cuenta e inquietaron por igual a cartagineses y siracusanos⁵⁴, pero ya De Sanctis y Meltzer no creyeron que fuese así⁵⁵. Podría ser cierto en los años anteriores a su desembarco en la isla, pero es menos probable ahora. Durante la campaña del epirota habían establecido buenas relaciones con Cartago, sin duda forzadas por las circunstancias, pero bastante firmes, como se desprende del relato de Diodoro (y el mencionado Plutarco)⁵⁶. No se ve causa alguna que justifique un cambio de actitud. Sus correrías en busca de botín y *parias* afectarían exclusivamente a griegos, especialmente del Este de la isla y ámbito siracusano, hipótesis más coherente con el desarrollo de los acontecimientos posteriores hasta la batalla de Longano, ya que explica mejor la actitud de Hierón hacia ellos y hasta también las circunstancias que permiten a éste su ascenso al poder en Siracusa.

Pero que no atacasen directamente a los cartagineses y su zona de influencia no significa que éstos no recelasen de sus antiguos aliados y su actitud respecto al *statu quo* de la isla, algo que hace la afirmación de Polibio sustancialmente correcta y explica, además, que más adelante, cuando tras la batalla de Longano los mamertinos buscaron la ayuda de Cartago, su *boetarco*⁵⁷ en la isla (Asdrúbal Gescón) colocase una guarnición en la ciudadela de Mesina, la que queda bajo el mando de un tal Hanón⁵⁸. Las relaciones entre unos y otros, cartagineses y mamertinos, siempre estuvieron presididas por el recelo y la unión de conveniencias: una relación puramente

⁵⁴ Cf. Polyb. I, 8,1.

⁵⁵ Meltzer, *Geschichte der Karthager*, vol. II, p. 242ss. G. De Sanctis, *Storia*, vol. III/1, ed. 1967, p. 90.

⁵⁶ D.S. XXII, 7,4. Plut. *Vit. Pyrrh.*, 24.

⁵⁷ Sobre este término en Polibio con referencia a Asdrúbal Gescón y sobre el sistema de gobierno cartaginés y sus instituciones, militares particularmente, *vid.* J. Gómez de Caso Zuriaga, «El ejército cartaginés en la primera guerra púnica», en *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico, XIX jornadas de arqueología fenicio-púnica* (Eivissa, 2004), Eivissa 2005, p. 83.

⁵⁸ Sobre ambos mandos cartagineses, J. Gómez de Caso Zuriaga, «La campaña de Ap.Claudio en Sicilia», *Polis* 15 (2003), p. 77ss.

pragmática. Ambos aspiraban al mismo fin, a acrecentar su poder a costa de Siracusa y sus ciudades clientes en la isla.

Así pues, nadie en Sicilia debía mirar a los mamertinos de Mesina con simpatía. Se habían convertido en un estado fuera de la ley que molestaba la polarización del sistema *difuso* de la isla alrededor de Siracusa y Cartago. Tres circunstancias históricas favorecieron durante casi dos décadas que estos adoradores de Mamers gozasen de impunidad: el apoyo de Regio, la lejanía romana y el caos y desorden en que quedó sumida Sicilia (y particularmente Siracusa) a la marcha de Pirro. Conforme estas circunstancias vayan desapareciendo, la situación de los mamertinos se irá complicando. Su momento habrá pasado.

2. LA TOMA ROMANA DE REGIO Y SUS CONSECUENCIAS PARA LOS MAMERTINOS DE MESINA

Los paralelismos entre los suritálicos de uno y otro lado del Estrecho de Mesina comienzan ya en el origen de la ocupación de una y otra plaza, que es el mismo: una traición. En ella son los aliados campanos de los romanos en Regio los que imitan a los mamertinos de Mesina⁵⁹, pues éstos ya ocupaban la antigua Zancle en la época de Pirro, cuando los campanos ocupan Regio. Polibio narra sus historias en paralelo, acentuando lo que tienen en común⁶⁰. No es el único entre los historiadores antiguos en poner de manifiesto tal paralelismo, como sabemos⁶¹.

Durante la guerra de Tarento, los ciudadanos de esta antigua ciudad de Regio solicitaron ayuda a los romanos⁶². Como muchas de esas colonias o excolonias griegas del Mediterráneo central (y occidental) era incapaz de autodefensa⁶³ y eran conscientes de la importancia estratégica de su posición y temían caer en manos de Pirro, o –eventualmente– en las de los cartagineses, entonces aliados de Roma. Ésta es, al menos, la razón que da Polibio⁶⁴. Se han dado otras⁶⁵. Nosotros pensamos que no sería descabellado

⁵⁹ Cf. Polyb. I, 7,8.

⁶⁰ Polyb. I, 7-8, en general.

⁶¹ También, Dion. Hal. *Ant.Rom.*, XX, 4,1.

⁶² Polyb. I, 7,5-6. También, Dion. Hal., *Ant.Rom.* XX, 4,2. D.S. XX, 1.

⁶³ *Vid.supra.*

⁶⁴ Cf. Polyb. I, 7,6.

⁶⁵ Sobre ello, F.W. Walbank, *Comm.* I, 7, p. 52.

pensar que, tal y como se van desarrollando los acontecimientos militares a estas alturas de la guerra de Tarento, fuesen los propios romanos los que tuviesen la iniciativa de negociar con los de Regio una alianza que pusiese la ciudad a salvo de tentaciones de colaborar con Pirro o con cualquiera de los pueblos itálicos levantados contra Roma. La traición de la guarnición habría sido así, doble, contra los reginos y contra los aliados romanos y explicaría mejor la furia romana contra sus desertores cuando se recupera la ciudad.

Los romanos estaban en el punto álgido de su enfrentamiento con Pirro. La sublevación de pueblos itálicos, ya sometidos, al abrigo de la intervención del *hegemón* epirota, no les permitía distraer fuerzas ni dispersarlas. No enviaron a Regio verdaderos legionarios ni ciudadanos para defenderlo de eventuales ataques, sino aliados del sur de Italia, campanos principalmente⁶⁶.

Creo que podemos cifrar los efectivos enviados por los romanos en mil doscientos hombres. Polibio nos da el número de cuatro mil⁶⁷, algo así como fuerzas correspondientes a las de una “legión” (cohortes) de *socii*. La cifra de mil doscientos nos la da Dionisio de Halicarnaso (XX, 4,2) y nos la desglosa. Los campanos serían ochocientos, el resto otros itálicos, sidicinos principalmente.

Decio

Conocemos el nombre de su comandante: Decio. Está fuera de duda su origen campano⁶⁸, comprometido probablemente con intereses patricios romanos en el sur de Italia⁶⁹ y según Syme (citado por Walbank) miembro de una famosa familia de Capua⁷⁰ Diodoro lo hace *chilíarchos*⁷¹ y Livio, tribuno romano⁷²; esto último no nos parece que tenga una base real. El historiador

⁶⁶ En el origen campano del grueso de las fuerzas, todas las fuentes están de acuerdo. No así en su número ni composición, como veremos. Polyb. I, 7,8. D.S. XXII, 1. Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4,2 (final).

⁶⁷ Cf. Polyb. I, 7,7.

⁶⁸ Polyb. I, 7,7; D.S. XXII, 1,2; Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4,2...

⁶⁹ Sobre ello y su explicación como motor de la expansión romana hacia el sur, J. Gómez de Caso Zuriaga, «Antecedentes de la primera guerra púnica...», pp. 171-172.

⁷⁰ Cf. Walbank, *Comm.*, p. 53.

⁷¹ *Chilíarchos*: comandante de 1000 hombres. D.S. XXII, 4,2.

⁷² Liv. XXVIII, 28,4. Sobre ello, *vid.* F.W. Walbank, *Comm.*, p. 53. No tenemos más referencias al respecto. Cf. T.R.S. Broughton, *Magistrates*, p. 189ss

romano sólo nos da una nueva fórmula para buscar un equivalente contemporáneo a su graduación, como si nosotros le llamásemos coronel o brigadier.

Los acontecimientos, la ocupación de Regio por parte de esta guarnición, se suelen fechar en 281 ó 280 a.C., en función de la historia misma de Pirro⁷³, pero Dionisio de Halicarnaso se extiende más en la descripción de los acontecimientos y transmisión de su fuente original que Diodoro o Polibio⁷⁴ y nos dice con claridad que la negociación de los de Regio y el envío de la guarnición fueron en el consulado de Fabricio⁷⁵, lo que adelantaría la fecha al año 282 a.C.⁷⁶, sin que se pueda descartar el año 278 a.C., pues Fabricio (C. Fabricius C.f.C.n. Luscinus) fue cónsul también en ese año⁷⁷, circunstancia que se suele pasar por alto. De hecho, estamos convencidos de que Fabricio intervino en ambas fechas en los asuntos de Regio, como veremos, circunstancia que contribuye mucho a la confusión de las fuentes.

En cualquier caso, los detalles de la traición de la guarnición de Regio nos son mejor conocidos que los de la mamertina de Mesina, a pesar de que la historiografía moderna ha estado siempre más atenta a esta última ciudad, circunstancia que se debe, sin duda, a las fuentes y, especialmente, a Polibio. Al ser ésta la de más calidad sobre el periodo, se suele tomar como referencia y el historiador de Megalópolis sólo pasa por encima el asunto⁷⁸, pues toca de forma muy marginal el tema, en función de su trascendencia en el asunto de Mesina, que conducirá al enfrentamiento romano-cartaginés en Sicilia que –a su vez– llevará a Roma a la primera púnica y, por tanto, al “imperio universal”. Pero sólo le interesa de ello el dato, que la toma de Regio desencadena la ofensiva de Hierón contra los

⁷³ V.gr. R. Walton, *Diodorus of Sicily*, vol. XI, Londres-Cambr., Mass., 1957, p. 45. En general, Walbank, *Comm.*, p. 52.

⁷⁴ Díaz Tejera supone que ésta es, en última instancia, Fabio Píctor. Cf. A. Díaz Tejera, *Polibio: Historias*, vol. I/1, p. 18 n. 2. Al respecto, Walbank, *Comm.* p. 52. El origen de la hipótesis ya en M. Gelzer, «Römische Politik bei Fabius Pictor», *Hermes* 68 (1933), 134ss.

⁷⁵ Cf. Dio. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4,2.

⁷⁶ Broughton, *Magistrates*, vol.II, p. 189. En esta fecha, 282 a.C., sitúan los hechos Beloch y de Sanctis. Cf. G. de Sanctis, *Storia dei romani*, vol. II, ed. 1970, p. 360 y nota n° 102. Beloch, *Griech. Gesch.*, vol. III/2, p. 404ss.

⁷⁷ Broughton, *id.*, p. 194.

⁷⁸ Polyb. I, 7 a 9.

mamertinos de Mesina y que, como ésta será victoriosa, los antiguos mercenarios de Agatocles acabarán buscando la protección de Roma tras hacerlo en Cartago y que esto será el desencadenante de la guerra⁷⁹. Apiano apenas da detalles de todo esto y se detiene, principalmente, en la crueldad de la traición y en la peripecia de Decio⁸⁰. Walbank lo critica abiertamente y da sus anécdotas por novelescas y falsas⁸¹. No lo podemos saber. En cualquier caso, debían estar ya en la fuente original; Diodoro también la narra, aunque con mayor detalle y de forma bastante más confusa⁸², y todavía con más atención y detenimiento lo hace Dionisio de Halicarnaso⁸³. Podemos asumir que la fuente original es única y que en ella se narraba ya la peripecia de la ceguera de Decio. Si aceptamos la hipótesis de Fabio Píctor, como autor de esta primera versión, como lo hacemos, puesto que no hay duda de que la fuente de todo el episodio tiene que venir de Roma⁸⁴, esa anécdota estaba ya en su versión de los hechos.

La idea de traicionar a los habitantes de Regio (y a la política romana) y apoderarse de la ciudad fue de su jefe, Decio, quien concibió un complicado y maquiavélico plan para conducir a sus soldados a secundarle. Como decimos, Polibio pasa por encima del detalle⁸⁵. No es asunto que interese al tema principal de su exposición. Fabio Píctor sí lo analizó con mayor detenimiento. Le interesaba a su presentación de la política romana del momento⁸⁶. El resto de las fuentes, Diodoro, Apiano, Dionisio de Halicarnaso, Livio... se hacen eco de su versión del asunto y le prestan mayor atención, Dionisio de Halicarnaso⁸⁷ especialmente, aunque con confusiones, como veremos.

⁷⁹ Polyb. I, 10 y 11.

⁸⁰ App. *Samm*, 9.

⁸¹ Cf. Walbank, *Comm.*, p. 53

⁸² D.S. XXII, 1.

⁸³ Cf. Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 5,2 y 3.

⁸⁴ Ya M. Gelzer, *op.cit.* p. 134. Sobre la importancia de Píctor en la «presentación política» de todos los antecedentes del conflicto, ya nos ocupamos en otras ocasiones: J. Gómez de Caso Zuriaga, «Antecedentes de la primera guerra púnica...», p. 103.

⁸⁵ Polyb. I, 7, como sabemos.

⁸⁶ M. Gelzer, *loc.cit.*

⁸⁷ Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4-5 y *Ant.Rom.* XX, 16.

2.2 Conspiración de Decio

Según todas las fuentes, los móviles de la traición de la guarnición de Regio fueron la envidia y la codicia. Como jefe, Decio fue hospedado por los habitantes más importantes y acomodados. Le obsequiaron espléndidamente⁸⁸. En los frecuentes banquetes en las casas de los dirigentes reginos pudo apreciar el lujo y la magnificencia con la que vivían. Esto excitó su envidia y su codicia⁸⁹. Así que decidió apoderarse de toda aquella riqueza y hacerse con el control de la ciudad.

Pero el jefe campano pensó que tal vez sus oficiales y soldados no secundarían sus planes, por lo que la conspiración que urdió para apoderarse de la ciudad fue llevada de espaldas a ellos. Tomó como cómplice a su secretario⁹⁰. Al parecer, por consejo de él, decidió matar a los ciudadanos de Regio y repartir sus riquezas y sus mujeres con los soldados. Él, Decio, se quedaría con una parte y el resto sería distribuido. Las fuentes, en general, insisten en que el modelo de esta conspiración se tomó de la de los mamertinos en Mesina⁹¹.

Comandante y secretario tomaron un tercer cómplice, alguien ajeno a la guarnición. Prepararon una carta y se la dieron para que hiciera de mensajero en el momento oportuno. Es de suponer que también buscarían algún apoyo directo entre los miembros de la guarnición más allegados.

Los conspiradores convocaron en asamblea secreta a todos los oficiales y a los suboficiales más destacados. En ella, Decio y su secretario les notificaron que tenían serios indicios de que los habitantes de Regio conspiraban contra ellos y que habían entrado en tratos con Pirro para entregarle la ciudad, que sus vidas corrían peligro.

En el momento oportuno apareció en medio de la asamblea el falso mensajero con la falsa carta. Llegaba desaseado, como de un urgente y largo viaje. Venía de parte de un amigo personal de Decio para comunicarle que los habitantes de Regio habían entrado en tratos con Pirro para entregar la ciudad y el epirota ya había enviado hacia allí quinientos hombres para que la ocuparan ayudados por sus ciudadanos. La carta probaba la conspiración

⁸⁸ Seguimos el relato de Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4,3 a 8.

⁸⁹ Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4,3; App. *Samn.* 9,1; D.S. XXII, 1,2-3. Esta unanimidad nos indica que ésta era la causa aducida en la fuente original, Pictor, como decimos. Se quiere dejar claro que no había motivaciones políticas.

⁹⁰ Detalle éste sólo presente en Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4,4.

⁹¹ *Supra*, Polyb. I, 7,8 y Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4,1.

contra ellos. Ya no se trataba de indicios o sospechas: la traición de los de Regio era una certeza. Incluso se sugirió que el mismísimo cónsul Fabricio estaba detrás de aquel aviso⁹².

Los oficiales se dejaron convencer. Como Dionisio de Halicarnaso observa, todo aquello tenía mucha lógica⁹³; resultaba muy verosímil en las circunstancias del momento por el que atravesaba la campaña (c. 278 a.C.), con Pirro en marcha hacia Sicilia. Obsérvese que esta narración apunta más al año 278 a.C., a las circunstancias del segundo consulado de Fabricio, que a las del primero, en 282 a.C.⁹⁴

2.3. Ocupación de Regio

Decio expuso su plan. Debían anticiparse a la traición de Regio y apoderarse ellos de la ciudad. Ahora, después de la reunión, se retirarían y, en el mayor secreto, para que no pudieran reaccionar los reginos, notificarían a los soldados lo que sucedía. Todos debían estar preparados y, entrada la noche, cuando todos los habitantes de la ciudad se hallasen durmiendo o descansando, descuidados, se levantarían contra ellos y, sin piedad ninguna, darían muerte a todos los varones y violarían y se repartirían a las mujeres e hijas⁹⁵. Así lo hicieron. Dionisio de Halicarnaso nos cuenta (*loc.cit.*), algo novelescamente, que muchos de los reginos dormían, pero otros estaban todavía a esas horas en banquetes y festejando. Muchos no entendían lo que pasaba y se arrojaban al suelo suplicando por sus vidas y las de los suyos. De nada les sirvió.

La narración tiene su interés, no sólo respecto a lo que nos cuenta de lo que pasó en Regio, sino en Mesina. La versión de lo sucedido en aquella resulta mucho más detallada y completa que la que nos ha llegado de ésta, pero –básicamente- concuerdan⁹⁶. Como sabemos que una sirvió de modelo a la otra⁹⁷, podemos suponer que los detalles de lo sucedido son similares.

⁹² C. Fabricius C.f.C. Luscinus, cónsul en 282, como sabemos; *vid.* Broughton, *Magistrates*, II, p. 189.

⁹³ Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4,6.

⁹⁴ *Vid. supra* y notas nos. 76 y 77.

⁹⁵ Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4,6-7. Tamb. D.S. XXII, 1,3. App. *Samn* 9,1. Sin detalles, Polyb. I, 7,8.

⁹⁶ Polyb. I, 7,4.

⁹⁷ *Supra*. Polyb. I, 7,8 y Dion. Hal. XX, 4,1.

También los mamertinos se apoderarían de la ciudad en la noche, violarían y se apoderarían a la fuerza de las mujeres de sus anfitriones, pero pondrían los bienes en común y los repartirían con arreglo a criterios de rango y prestigio.

Pese a lo que dejan entrever las fuentes, no debieron morir todos los ciudadanos. También en esto Mesina y Regio siguieron historias paralelas. Ya vimos que en la ciudad del otro lado del estrecho algunos escaparon. Lo mismo sucedió en Regio. Mataron, sí, a los principales; pero otros sobrevivieron, huyeron o tal vez fueron perdonados por sus huéspedes a condición de que abandonasen la ciudad con lo puesto. Lo sabemos porque estos supervivientes son mencionados en las fuentes en relación a la segunda ocupación de la ciudad por parte de los romanos, quienes los reponen en sus posesiones⁹⁸. También veíamos que en el caso de Mesina tuvo que suceder algo parecido, ya que Hierón llegó a formar una unidad con supervivientes de la ciudad en la batalla de Longano⁹⁹.

La fuente romana original debía insistir en que, con su traición, Decio dejó de ser moralmente el comandante y representante de Roma y pasó a ser simplemente un jefe de bandidos, un traidor a la causa de la República; el nuevo amo de Regio. Hay huellas de ello en las fuentes conservadas. Inmediatamente después de narrar estos hechos pasan a juzgarlo y le tildan de traidor y tirano, apuntando a continuación que Roma no dejaría nunca impune este crimen y que, como el traidor no podía volverse a ella en busca de apoyo, buscó la alianza de los campanos de Mesina¹⁰⁰, a los que le acercaban, tanto su origen étnico y cultural como sus crímenes.

Llaman la atención los paralelismos entre este motín y, no ya el de Mesina, como vemos señalado repetidamente en las fuentes como modelo, sino otros coetáneos que, con mayor o menor éxito, pretendieron los mismos objetivos que éste: hacerse con el dominio de una población, apoderarse de ella y de sus bienes. Particularmente algunos detalles, los más novelescos, nos recuerdan el de los mercenarios cartagineses a comienzos de la guerra líbica¹⁰¹. Por ejemplo, el del falso mensajero y a falsa carta; aquí de un amigo de Decio, en la historia de los cartagineses, de las guarniciones de Cerdeña y

⁹⁸ Especialmente, *cf.* Polyb. I, 7,13. App. *Samn.* 9,3 quien, como siempre, sigue a Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 5,4.

⁹⁹ *Supra.* *Cf.* D.S. XXII, 13,4.

¹⁰⁰ Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 4,8; App. *Samn.* 9,1.

¹⁰¹ Polyb. I, 69ss. Me ocupé del mismo en mi monografía sobre Amílcar, ya citada: J. Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar y la política cartaginesa (249-237 a.C.)*, Alcalá 1996, p. 235ss.

Túnez¹⁰². Otro ejemplo, el engaño a los soldados respecto a los motivos reales del levantamiento, también falseados en ambos casos. Aunque –en otros aspectos– los detalles difieran, los paralelismos son evidentes. La historiografía hipercrítica, tan en boga actualmente, podría interpretar esto como *topoi* literarios al margen de cualquier realidad histórica. Yo pienso que –más bien– pueden responder a formas comunes de conspiración, a un *modus operandi* habitual en motines dirigidos por una minoría conspiradora, así como a modelos de manipulación de masas por parte de líderes de motines militares en la época.

2.4. Fin de Decio

La tiranía de Decio en Regio no fue duradera. Dos son las versiones sobre su final, aunque con claros encuentros.

En la primera, la de Diodoro, Decio es depuesto por sus propios oficiales y soldados descontentos con el reparto del botín. Éstos le obligan a buscar refugio entre sus aliados de Mesina¹⁰³, donde se producirá su final.

En la segunda, éste, el final de Decio, tendrá lugar en la misma Regio¹⁰⁴. Allí el jefe de los traidores contrajo una enfermedad oftálmica, una infección, que le producía dolores. Como no se fiaba de los médicos de Regio (?)¹⁰⁵, hizo que sus aliados de Mesina le envasen uno.

Aquí las versiones se vuelven a unir: ese médico fue el fin de Decio. Según todas las versiones era de origen regino y decidió vengarse del traidor campano que tanto daño había causado a su patria y conciudadanos. Le engañó diciendo que le pondría un unguento en los ojos que le curaría, pero que al principio le dolería. Le aplicó sosa y le vendó los ojos. Le advirtió que, pese al dolor, no debía tocar la medicina hasta su regreso, que sería en breve. Pero lo que hizo el médico fue huir de la ciudad, en una fuente de Mesina¹⁰⁶; en otras, de Regio¹⁰⁷. Decio aguantó lo que pudo y, finalmente, al no regresar el médico ni poder dar con él, se quitó el unguento y descubrió que había quedado ciego.

¹⁰² El episodio en Polyb. I, 79,9-10 y 14.

¹⁰³ Cf. D.S. XXII, 1,3.

¹⁰⁴ Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 5,2-3 y App. *Samn.* 9,2.

¹⁰⁵ Una incoherencia de Dionisio. Todos los reginos estaban muertos o huídos y exiliados, según todas las versiones.

¹⁰⁶ D.S. XXII, 1,3

¹⁰⁷ Dion. Hal. XX, 5,2 a 5 y App. *Samn.* 9,3.

Esta novelesca y poco ligada historia es considerada falsa por parte de muchos historiadores¹⁰⁸. En efecto, resulta demasiado novelesca y poco coherente y, además, a partir de este momento, la versión de Dionisio de Halicarnaso parece hacerse incongruente¹⁰⁹. Nos dice que los romanos de Fabricio (?), que había acudido inmediatamente(?) a recuperar la ciudad y castigar los crímenes, puso cerco a Regio y los traidores campanos, para congratularse con ellos, entregaron a Decio como principal culpable de la sedición. Sabemos por otras fuentes¹¹⁰ y por la diacronía de todos los acontecimientos de la época (historia de Hierón II, de Pirro, de Roma, y de Sicilia y los mamertinos) que esto no fue tan rápido. Los romanos tardaron más de diez años en recuperar Regio (a. 270 a.C.).

Es posible, sin embargo, que ambas versiones se encuentren. En efecto, como nos dice Diodoro, Decio habría sido depuesto por su propia gente no mucho después de hacerse con el control de la ciudad y pactar alianzas con los mamertinos de Mesina¹¹¹ y hasta –tal vez– negociada su entrega a los romanos. Resulta lógico pensar que éstos, enterados de lo sucedido con su guarnición aliada en Regio, hiciesen averiguaciones y, una vez conocidos los detalles, intentasen recuperar su control a través de negociaciones en un primer momento. Un eco de todo ello puede ser la aparición de Fabricio en la versión de Dionisio de Halicarnaso en relación a un intento romano de recuperar la ciudad. Recordamos que C. Fabricio Luscino, no sólo fue cónsul en 282 a.C., como se asume con cierta precipitación, también fue legado en 280 y 279, y cónsul por segunda vez en 278¹¹².

2.5. Final de los campanos de Regio

Como vemos, hay rastros en las fuentes de intentos inmediatos de los romanos por recuperar el control de Regio. Según Polibio, no pudieron debido a las circunstancias de la guerra¹¹³, muy complicadas en ese

¹⁰⁸ V.gr. Walbank, *Comm.* I, 7,2: p. 53.

¹⁰⁹ Dio. Hal. *Ant.Rom.* XX, 5,3 a 5.

¹¹⁰ Particularmente Polyb. I, 7 y 8 y D.S. XXII, 2 y 3, el propio Dion. Hal., *Ant.Rom.* XX, 16: consulado de Genucio (*infra*), contradiciéndose, como analizaremos más adelante; pero también por *Act.Tr.* (Degrassi, p.74ss. y 546ss.)

¹¹¹ *Supra*: D.S. XXII, 1,3.

¹¹² Broughton, *Magistrates*, II, p. 192-194.

¹¹³ Cf. Polyb. I, 7,9.

momento. Esto no significa que no hiciesen averiguaciones sobre lo sucedido ni que intentaran negociar la recuperación de la ciudad. Los amotinados, seguros de que las circunstancias trabajaban a su favor y protegidos por su alianza con los mamertinos¹¹⁴, no entregaron la plaza, aunque, como hemos dicho, es muy posible que llegasen a algún tipo de acuerdo circunstancial. Existen rastros de ello en las fuentes. Tal vez hasta creyeron que Roma olvidaba su traición. No era así. La recuperación definitiva tuvo lugar unos diez años después, en el contexto de la progresión romana hacia el sur de Italia que siguió a su victoria sobre Pirro y sus aliados griegos e italiotas de esa parte de la península, como explotación del éxito militar. Progresión que les llevará precisamente hasta Regio, a la vista de Sicilia. La primera guerra púnica puede ser vista como una consecuencia de la victoria romana sobre Pirro y la explotación del éxito que la siguió¹¹⁵.

Un indicio claro de que, efectivamente, se llegó a algún tipo de acuerdo es que, como hemos visto, los campanos de Regio lucharon en unión a los de Mesina y los cartagineses contra el *hegemón* epirota en su viaje de regreso a Italia desde Sicilia (a. 270 a.C.). Hay otros indicios en las fuentes que apoyan esta hipótesis: los iremos viendo, pero éste es de los más relevantes. Combatir a Pirro era trabajar por la causa romana. No se entiende que lo hicieran si no hubiesen llegado a algún tipo de entendimiento con Roma. Estamos en 275 a.C. Tal vez se hubiese llegado a ésta con la entrega de Decio, siendo cónsul el mismo Fabricio, pero no en el primer consulado, como se suele asumir (a. 282 a.C.)¹¹⁶, sino en el segundo (a. 278 a.C.). Esto explicaría las contradicciones e incoherencias de Dionisio de Halicarnaso (y Apiano). Los romanos no lograron recuperar Regio; esto es una exageración; pero sí que sus ocupantes no se coalicionasen con el enemigo y que colaborasen en la guerra contra él.

Pero si los nuevos reginos entregaron, presuntamente a Fabricio (en su segundo consulado: a. 278 a.C.), al instigador de los crímenes, Decio, a su secretario y a sus principales culpables, como nos cuenta Dionisio de Halicarnaso¹¹⁷ y llegaron a algún tipo de entendimiento con Roma que les llevó a colaborar en la guerra contra Pirro, como vemos que nos describe

¹¹⁴ *Supra*: «1. Los mamertinos de Mesina»

¹¹⁵ Nos ocupamos de ello en J. Gómez de Caso Zuriaga, «Antecedentes de la primera guerra púnica...» (1996), p.123ss.

¹¹⁶ *V.gr.* Walbank, *Comm.* I, 7,2; p. 52. También, G. de Sanctis, *Storia*, vol. II, 378ss.

¹¹⁷ En Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 5,4-5.

Plutarco¹¹⁸, entonces la toma definitiva de Regio por Roma, en 270 a.C., con el castigo cruel e inhumano a los antiguos aliados, que nos narran las fuentes¹¹⁹, podría tener una lectura muy negativa para Roma: una traición a sus propios acuerdos, aunque éstos fuesen forzados por las circunstancias. La fuente romana original habría presentado deliberadamente una versión confusa de los hechos, o bien habría entrado en contradicción con alguna otra coetánea, probablemente siciliana. Filino, tal vez.

Polibio no nos cuenta nada de todo esto. Habla de una sola y definitiva toma romana de Regio, en 270 a.C.¹²⁰, la que realmente tiene trascendencia para el tema que le ocupa y la que realmente hace a Roma señora absoluta de Regio.

Finalmente, la recuperación definitiva de esta ciudad no pudo ser obra de Fabricio, pese a los testimonios de Dionisio y Apiano en este sentido¹²¹. El propio Dionisio se contradice a sí mismo en otro pasaje y atribuye la definitiva toma de Regio al cónsul C. Genucio¹²², quien lo fue en 270 a.C.¹²³ Otras fuentes ahondan en esta dirección, fuesen uno o dos los cónsules actuantes¹²⁴. Además, las fuentes dejan de hablar de Fabricio por completo tras su nombramiento como censor en 275 a.C.¹²⁵, mientras mamertinos y reginos combaten a Pirro en el estrecho. Desaparece por completo de la escena política. La censura coronó su carrera política¹²⁶.

Una hipótesis para esta confusión nos remitiría a la fuente original romana mencionada. Ya hemos dicho que en ella se debía insistir en la inocencia e indignación romanas en los hechos acaecidos bajo Decio en la ciudad de Regio. También se insistiría en la voluntad del Senado por no dejar impune el crimen; asunto éste muy importante en relación con la petición

¹¹⁸ Plut. *Vit.Pyrrh.*, 24, como sabemos. Recordemos que Plutarco no los nombra, pero ya hemos visto (*supra*) que los acontecimientos que se narran en este pasaje (el cruce del estrecho por parte de los mamertinos al territorio de Regio) resultan imposibles sin la complicidad de los nuevos amos de Regio.

¹¹⁹ Especialmente detallado en Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 16,3.

¹²⁰ Polyb. I, 7,9, como sabemos.

¹²¹ Cf. Dion. Hal. XX, 5,4. App. *Samn.* 9,3.

¹²² Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 16,1.

¹²³ C. Genucius L.f.L.n. Clepsina: Broughton, *Magistrates*, p. 198.

¹²⁴ Oros. 4,3; Polyb. I, 7,10-13, Liv. *Perioch.* XV.

¹²⁵ Broughton, *Magistrates*, p. 196.

¹²⁶ Es posible que muriera en el ejercicio de su censura. Sobre ésta tenemos detalles interesantes. *Vid.* especialmente, Dion. Hal. *Ant. Rom.* XX, 13.

mamertina de ayuda frente a Hierón en 264 a.C.¹²⁷ La cosa no pasó de ahí. Como sabemos, las circunstancias impedían a los romanos recuperar Regio de una manera completa por el momento. La guerra de Tarento les llamaba a otros lugares.

Pero lo cierto es que había habido una *primera toma romana* de Regio durante el consulado de Fabricio. Roma había enviado mil doscientos itálicos al mando de Decio, de origen campano, para ocuparla y lo hicieron, y –aunque traicionaron a los antiguos ciudadanos de Regio– llegaron a algún tipo de acuerdo con Roma que mantuvo la ciudad en su órbita de influencia en un momento decisivo de la guerra contra Pirro (a. 278 a.C.- 275 a.C. y después).

Más adelante (y no inmediatamente), la volvieron a ocupar arrancándosela de las manos a la antigua guarnición que ellos mismos habían puesto. Por eso Dionisio de Halicarnaso habla así de una *primera*¹²⁸ y una *segunda*¹²⁹ toma romana de Regio, otro indicio de ese acercamiento de los amotinados campanos de Regio a Roma en el segundo consulado de Fabricio (a. 278 a.C.). Así debía presentarse en la fuente original. Ello, y el alejamiento cronológico de los hechos que se narran por parte de nuestro auto, acontecimientos que sigue –además– a través de una fuente única, explicaría su confusión. Que Apiano no se haga eco de todo ello y sólo lo haga de lo narrado en *Ant.Rom.* XX, 4 y 5, indica con claridad que el historiador alejandrino sigue exclusivamente al de Halicarnaso en este punto (*Ant.Rom.* XX, 4 y 5), y no a la fuente original de éste, a quien –además– no contrasta con otras versiones: le debió parecer la versión más completa y detallada (novelesca) del hecho histórico y más que suficiente a sus propósitos, se limitó a resumirla y le pareció totalmente terminada. Ignoró la versión del de Halicarnaso en sus *Ant.Rom.* XX, 16, más acorde con lo realmente acaecido en esta *segunda toma romana* de Regio y la interpretó como una reiteración de *Ant.Rom.* XX, 5, sin percatarse de las diferencias, que son muchas. No es de extrañar. En principio la segunda parece solamente

¹²⁷ Y, por tanto, en relación con la culpabilidad moral del inicio de la primera púnica. De ello nos ocupamos en J. Gómez de Caso Zuriaga, «En torno al inicio de la primera guerra púnica...», *Polis* 9 (1997), pp. 144-145. Los escrúpulos morales en el senado romano son aducidos por Polibio (Polyb. I, 10,3-4). Según Scullard tendrían su origen en Fabio Píctor; cf. H.H. Scullard, «Carthage and Rome», *CAH*, vol. VII/2, ed. 1989, p. 540. Sobre este uso de Píctor, pertinente también en este artículo que nos ocupa, vid. K.F. Eisen, *Polybiosinterpretationen*, Heidelberg, 1966, p. 121ss.

¹²⁸ A la que dedica *Ant.Rom.* XX, 5 y 6.

¹²⁹ A la que dedica *Ant.Rom.* XX, 16.

una extensión detallada del castigo de los sublevados, que es narrado con todo lujo de detalles, pero que –en líneas generales– coincide con el de la primera¹³⁰. Apiano no se apercibió de las diferencias, entre otras que el nombre del cónsul era distinto.

Así pues, la definitiva conquista romana de Regio fue en 270 a.C. A pesar de lo visto en la versión de Dionisio en *Ant.Rom.* XX, 5,4, a pesar de las apariencias, creemos que existe una cierta unanimidad en las fuentes al respecto, pues el mismo historiador acaba dando como definitiva la toma de Regio por Roma en el mencionado consulado de Genucio en *Ant.Rom.* XX, 16,1-2, en 270 a.C. El resto de las fuentes y la práctica totalidad de los historiadores aceptan esta cronología.

En esta fecha los romanos llegan hasta Regio en su avance hacia el sur. Uno de los cónsules del año¹³¹ dirigió un ejército contra los sublevados. Como vemos, las fuentes parecen indicar que fue C. Genucio¹³², pero probablemente fue su colega Cornelio Blasio. Fue él el que celebró un triunfo *de Regineis*¹³³. Tal vez la confusión venga de la forma de datación romana por consulados y así apareciera en la fuente original de *Ant.Rom.* XX, 16. El citado en primer lugar se convirtió en el protagonista del acontecimiento.

Algunos historiadores¹³⁴ han interpretado el pasaje de Polibio referente al castigo de los amotinados de Regio¹³⁵ en el sentido de que fueron ambos cónsules los que atacaron y conquistaron la ciudad. Creo que es una lectura precipitada. Lo que se dice es que ambos cónsules *presidieron* la conducción de los cautivos reginos al suplicio en el Foro. Solamente uno debió dirigir el ataque: Blasio, más probablemente, como decimos.

Desconocemos si en esta campaña unos y otros, romanos y campanos de Regio, recibieron alguna ayuda externa de amigos y aliados. Hay rastros en las fuentes en este sentido, pero poco concluyentes. Siracusa pudo haber enviado algún refuerzo a los romanos¹³⁶; también pudieron recibirlo los reginos por parte de sus aliados de Mesina; sin embargo, lo desestimamos.

¹³⁰ Cf. Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 5, 4-5 vs XX, 16,2.

¹³¹ Lo fueron C. Genuncius L.f.L.n. Clepsina y Cn. Cornelius P.f.Cn.n. Blasio. Sobre ellos, Broughton, *Magistrates*, p. 198.

¹³² Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 16,1. También Oros. 4,3-6.

¹³³ *Act.Tr.*, Degrassi, 74s. y 546s., citado por Broughton, *Magistrates*, p.198.

¹³⁴ V.gr. Broughton, sin ir más lejos, *loc.cit.*

¹³⁵ Polyb. I, 7,13.

¹³⁶ Cf. Zon. VIII, 6. Algunos historiadores piensan que su afirmación puede tener alguna base real. Al respecto, Walbank, *Comm.*, p. 53.

No es el momento de desarrollar esta hipótesis en profundidad, pero en esta época, siracusanos y mamertinos están enzarzados unos contra otros. Ninguno de los dos tiene fuerza para volver sus ojos a Regio¹³⁷.

Los amotinados lucharon con desesperación. Muchos de ellos murieron en defensa de la ciudad que habían ocupado tan traidoramente. Se sabían irremisiblemente condenados por los romanos¹³⁸. La formidable máquina de guerra de éstos acabó, sin embargo, por imponerse. Finalmente, cuando sólo quedaban poco más de trescientos defensores¹³⁹, decidieron rendirse.

Los romanos los capturaron a todos, los condujeron encadenados a Roma y los condenaron a ser torturados y ajusticiados públicamente en el Foro. Los cónsules presidieron el acto. Dionisio de Halicarnaso nos dice que fueron ajusticiados cuatro mil quinientos y nos cuenta el suplicio con detalle¹⁴⁰. Sus cifras difieren mucho de los poco más de trescientos rendidos que da Polibio, como sabemos¹⁴¹, pero se aproxima mucho a la que había dado el megalopolitano al hablar de la guarnición enviada por Roma a Regio al mando de Decio¹⁴².

En cuanto al suplicio final de los traidores, como digo descrito con detalle por Dionisio de Halicarnaso, consistió en ser conducidos al Foro, desnudados, atados a estacas por las muñecas y por detrás y flagelados largamente; finalmente, les fueron cortados los tendones del cuello. Sus cuerpos fueron arrojados insepultos fuera de la ciudad para que fueran despedazados por perros, buitres y alimañas. Decio y su secretario, como sabemos, no se encontraban entre ellos. Muy probablemente habían sido entregados al propio Fabrico, no mucho después de la traición, como culpables de ella y signo de buena voluntad hacia Roma¹⁴³ y, según todos los indicios, se suicidó para eludir su ejecución pública¹⁴⁴. Estaba muerto, junto con otros cabecillas¹⁴⁵ desde el año 278 a.C.

Regio había caído definitivamente en manos de los romanos. Y desde allí, en los días claros, éstos divisaban Mesina, y Sicilia.

¹³⁷ Una somera descripción, pero significativa, en Polyb. I, 8,2-3.

¹³⁸ Cf. Polyb. I, 7,11.

¹³⁹ Seguimos a Polyb., *loc.cit.* y ss.

¹⁴⁰ Cf. Dion. Hal. *Ant.Rom.*, XX, 16,3.

¹⁴¹ Cf. Polyb. I, 7,11.

¹⁴² *Vid. supra.* Polyb. I, 6,7.

¹⁴³ Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 5,4.

¹⁴⁴ Dion. Hal. *Ant.Rom.* XX, 5,5.

¹⁴⁵ Dionisio de Halicarnaso incluye a su secretario, *loc.cit.*

CONSIDERACIONES FINALES

El paralelismo entre lo sucedido con las ciudades Mesina y Regio, que señalan las fuentes antiguas, termina aquí. Los campanos de Regio encontraron un espantoso final a manos de los romanos, a la altura de sus crímenes y su traición. Hierón y los siracusanos intentarán continuar las historias paralelas de Regio y Mesina y acabar de igual modo con los de esta última ciudad y eliminarlos de la escena política siciliana. Parecía tarea al alcance de las fuerzas de Siracusa ahora que los mamertinos habían perdido a sus colegas y compatriotas de Regio; pero el resultado fue distinto. A los de Regio les alcanzaron la venganza y justicia romanas. Se escuchan los contenidos aplausos por ello en las fuentes antiguas. A los de Mesina, no. Cuando quedaron acorralados por Hierón volvieron sus ojos en busca de ayuda hacia los cartagineses y, finalmente, hacia los romanos. Los propios romanos, que habían ajusticiado a los criminales campanos de Regio, vinieron a salvar a los mamertinos de Mesina.

Esta diferente actuación de Roma en un caso y en otro presenta dos aspectos problemáticos. Por un lado pone de manifiesto los verdaderos móviles de la intervención romana en el sur de Italia, en Regio: indican claramente una intención *imperialista* (en un lenguaje moderno), que la guerra de Pirro supone un escalón en el ascenso del ansia de extender su poder territorial por parte de la clase dirigente romana.

Por otro, representa una fuerte contradicción moral, perfectamente detectada y señalada por Polibio¹⁴⁶, pues los romanos, campeones de la justicia y de la equidad en Regio, protegen apenas seis años después a gentes que han actuado de modo semejante.

La confusión de la narración en las historias antiguas se ve afectada por este contexto: el evidente imperialismo y la contradicción moral que muestra Roma en todo este asunto, en el carácter prorromano de las fuentes que han llegado hasta nosotros y en el de aquellas más antiguas en las que se basan (Píctor, especialmente). La soledad de los mamertinos de Mesina con la toma romana de Regio y la actitud de la potencia del Lacio apuntan a un nuevo paisaje político en el que ya no queda sitio para estados de fortuna. Su hora ha pasado. Llega la de las grandes potencias. Desde este punto de vista, sí que todavía las historias de Regio y Mesina continúan siendo historias paralelas: aunque de distinta manera, ambas están condenadas a desaparecer de la historia.

¹⁴⁶ Polyb. I, 10,4.

CRONOLOGÍA

Toda la cronología de la historia de Sicilia con anterioridad o posterioridad a la intervención de Pirro es insegura. Ni siquiera podemos dar una indubitable para la batalla de Longano, esencial en los acontecimientos que desembocan en la primera guerra púnica. La falta de paralelismos cronológicos y ordenada exposición en las fuentes conservadas hacen difícil establecer jalones claros en la marcha de los acontecimientos.

Por lo que respecta a la toma de Mesina (*Messéne*) por los mercenarios de Agatocles, Beloch dio una amplia cronología, entre 288 y 283 a.C. Las causas y circunstancias de su marcha de Siracusa nos inclinan a colocarla muy poco después de la muerte de Agatocles (a. 289 a.C.). Creemos que tuvo lugar en 288 o, como tarde, en 287 a.C. La traicionera toma de la ciudad tendría lugar muy poco después.

El envío de una guarnición a Regio tuvo lugar en el consulado de Fabricio. L. Fabricio Luscino fue cónsul en dos ocasiones, en 282 y en 278 a.C. Nos inclinamos por este último consulado: 278 a.C. Descartamos el año 282 por varias razones, pero, sobre todo, porque las circunstancias del momento no exigen una medida de este tipo por parte de Roma.

Los acontecimientos en Regio se sucedieron con rapidez. Decio debió ser depuesto y entregado ya en ese mismo año de 278 a.C. y la guarnición amotinada debió llegar a algún tipo de acuerdo con Roma. Fabricio debió de tener mucho que ver en todo ello. Durante todo el resto de la guerra de Tarento, los campanos de Regio colaboraron con los romanos (y con los cartagineses y mamertinos de Sicilia), especialmente en 275 a.C., que se enfrentaron a Pirro. Ese año fue Fabricio censor, por lo que no puede descartarse completamente que fuese en ese año y en relación con el regreso de Pirro al continente, cuando se aproximasen Roma y los ocupantes de Regio.

La conquista final y el castigo a la antigua guarnición de esa ciudad tuvo lugar en 270 a.C., cuando Roma progresa hacia el sur de Italia en explotación del éxito de su campaña contra Pirro y ya no tiene sentido ni utilidad mantener sus pactos con los nuevos reginos. La toma romana de Regio desencadena la ofensiva final de Hierón contra los mamertinos, a partir de 269 a.C. Entre 275, fecha de la marcha de Pirro de Sicilia, y 270 a.C., toma de Regio por Roma, tiene lugar el gran momento de protagonismo de la presencia mamertina y campana en la zona. La soledad de los mamertinos de Mesina a partir de este momento y el cambio de circunstancias en Siracusa dibujará en el horizonte histórico el final de esta presencia oportunista en ella, final que llegará con rapidez.

RESUMEN

Este artículo trata de la exposición ordenada de los acontecimientos relativos a la presencia de campanos (oscos y suritálicos) en las ciudades de Regio y Mesina y fijar cronológicamente sus acontecimientos más importantes, así como las circunstancias que hacen posible que jueguen un papel de cierto protagonismo en la zona durante tres lustros. En el caso de Regio, hay indicios claros de que, cuando se produce su conquista por parte de los romanos, existía algún tipo de pacto o alianza con la amotinada guarnición que ellos mismos habían introducido en su día. Pacto y alianza que silencian las fuentes y que se ven traicionados en 270 a.C.

ABSTRACT

This paper deals with the presence of Campaniens (i.e. Oscans and Suritalians in general) in both sides of the Messina Strait, its historical development and chronology, as well as the circumstances which made possible the role they played in the area around fifteen years. In the case of Reghium, there are traces of a pact between Rome and the treacherous garrison at the moment of the Roman conquest in 270 B.C.